



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 3 de septiembre de 1986

El pecado del hombre y el estado de justicia original

1. Los Símbolos de la Fe son muy parcos al hablar del pecado; en *la Sagrada Escritura*, por el contrario, el término y el concepto de "pecado" se sitúa entre aquellos que se repiten con mayor frecuencia. Lo cual demuestra que la Sagrada Escritura es ciertamente el libro de Dios y sobre Dios, pero también es un gran libro sobre el hombre, considerado en su condición existencial, cual resulta de la experiencia.

De hecho el pecado forma parte del hombre y de su existencia: no se puede ignorar o dar a esta realidad oscura otros nombres, otras interpretaciones, como ha ocurrido en las corrientes del iluminismo o del secularismo. Si se admite el pecado, se reconoce al mismo tiempo *una profunda relación del hombre con Dios*, pues al margen de esta relación hombre-Dios el mal del pecado no se presenta en su verdadera dimensión, aun cuando siga estando presente obviamente en la vida del hombre y en la historia. El pecado pesa con tanta mayor fuerza sobre el hombre como realidad oscura y nefasta cuando menos se le conozca y reconozca, cuando menos se le identifique en su esencia de rechazo y oposición frente a Dios. Sujeto y artífice de esta opción es naturalmente el hombre, que puede rechazar el dictamen de la propia conciencia, aun sin referirse directamente a Dios; pero este gesto insano y nefasto adquiere su significación negativa sólo cuando se contempla sobre el trasfondo de la relación del hombre con Dios.

2. Por esta razón, en la Sagrada Escritura *se describe el primer pecado en el contexto del misterio de la creación*. Dicho de otro modo: el pecado cometido en los comienzos de la historia humana es presentado en el trasfondo de la creación, es decir, de la donación de la existencia por parte de Dios. El hombre, en el contexto del mundo visible, recibe la existencia como don en

cuanto "imagen y semejanza de Dios", o sea, en su condición de ser racional, dotado de inteligencia y voluntad: y a ese nivel de donación creadora por parte de Dios se explica mejor incluso la esencia del pecado del "principio" como opción tomada por el hombre con el mal uso de sus facultades.

No hace falta decir que aquí no hablamos de los comienzos de la historia en cuanto tal y como los describe —hipotéticamente— la ciencia, sino del "principio" tal como se presenta en las páginas de la Escritura. Esta descubre en ese "principio" el origen del mal moral, que la humanidad experimenta incesantemente, y lo identifica como "pecado".

3. El libro del Génesis, en el primer relato de la obra de la creación (*Gen 1, 1-28*), que es cronológicamente posterior al relato del *Gen 2, 4-15*, relata la "bondad" *originaria* de todo lo creado y de modo especial la "bondad" *del hombre*, creado por Dios "varón y mujer" (*Gen 1, 27*). Al describir la creación se inserta varias veces la siguiente constatación: "Vio Dios ser bueno" (cf. *Gen 1, 12. 18. 21. 25*), y, por último, tras la creación del hombre: "Y vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho" (*Gen 1, 31*). Puesto que se trata del ser creado a imagen de Dios, es decir, racional y libre, la frase alude a la "bondad" propia de ese ser según el designio del Creador.

4. En esto se basa la verdad de fe, enseñada por la Iglesia, sobre la inocencia original del hombre, sobre su *justicia* original (*iustitia originalis*), como se deduce de la descripción que el Génesis hace del hombre salido de las manos de Dios y que vive en total familiaridad con Él (cf. *Gen 2, 8-25*); también el libro del Eclesiastés dice que "Dios hizo recto al hombre" (*Ecl 7, 29*). Si el Concilio de Trento enseña que el primer Adán perdió la santidad y la justicia en la que había sido constituido ("Primum hominem Adam..., sanctitatem et iustitiam, in qua constituitus fuerat, amisisse": *Decr. de pecc. origi., DS 1511*), esto quiere decir que antes del pecado el hombre poseía *la gracia santificante* con todos los dones sobrenaturales que hacen al hombre "justo" ante Dios.

Con expresión sintética, todo esto se puede expresar diciendo que, al principio, el hombre vivía en amistad con Dios.

5. A la luz de la Biblia, el estado del hombre antes del pecado se presentaba como *una condición de perfección original*, expresada, en cierto modo, en la imagen del "paraíso" que nos ofrece el Génesis. Si nos preguntamos cuál era la fuente de dicha perfección, la respuesta es que ésta se hallaba sobre todo en la amistad con Dios mediante la gracia santificante y en aquellos *dones*, llamados en el lenguaje teológico "*preternaturales*", y que el hombre perdió por el pecado. Gracias a estos dones divinos, el hombre, que estaba unido en amistad y armonía con su Principio, poseía y mantenía en sí mismo el equilibrio interior y no sentía angustia ante la perspectiva de la decadencia y de la muerte. El "dominio" sobre el mundo que Dios le había dado al hombre desde el principio, se realizaba ante todo en el mismo hombre como *dominio de sí mismo*. Y, con este autodomnio y equilibrio se poseía la "integridad" de la existencia (*integritas*),

en el sentido de que el hombre estaba íntegro y ordenado en todo su ser, ya que se hallaba *libre de la triple concupiscencia* que lo doblega ante los placeres de los sentidos, a la concupiscencia de los bienes terrenos y a la afirmación de sí mismo contra los dictámenes de la razón.

Por ello también había orden en la relación con el otro, en aquella comunión e intimidad que hace felices: como en la relación inicial entre el hombre y la mujer, Adán y Eva, primera pareja y también primer núcleo de la sociedad humana. Desde este punto de vista resulta muy elocuente aquella breve frase del Génesis: "Estaban ambos desnudos, el hombre y la mujer, *sin avergonzarse de ello*" (*Gen 2, 25*).

6. La presencia de la justicia original y de la perfección en el hombre, creado a imagen de Dios, que conocemos por la Revelación, no excluía que este *hombre*, en cuanto criatura dotada de libertad, fuera sometido *desde el principio*, como los demás seres espirituales, *a la prueba de la libertad*. La misma Revelación que nos permite conocer el estado de justicia original del hombre antes del pecado en virtud de su amistad con Dios, de la cual derivaba la felicidad del existir, nos pone al corriente de la prueba fundamental reservada al hombre y en la cual fracasó.

7. En Génesis se describe esta prueba como una prohibición de comer los frutos "*del árbol de la ciencia del bien y del mal*". He aquí el texto: "El Señor Dios dio este mandato al hombre: De todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (*Gen 2, 16-17*).

Esto significa que el Creador se revela, desde el principio, a un ser racional y libre como Dios de la Alianza y, por consiguiente, de la amistad y de la alegría, pero también como fuente del bien y, por tanto, de la distinción *entre el bien y el mal en sentido moral*. El árbol de la ciencia del bien y del mal evoca simbólicamente el límite insuperable que el hombre, en cuanto criatura, debe reconocer y respetar. El hombre depende del Creador y se halla sujeto a las leyes sobre cuya base el Creador ha constituido el orden del mundo creado por Él, el orden esencial de la existencia (*ordo rerum*); y, por consiguiente, también se halla sujeto a las normas morales que regulan el uso de la libertad. La *prueba* primordial se dirige, por tanto, *a la voluntad libre del hombre*, a su libertad. ¿Confirmará el hombre con su conducta el orden fundamental de la creación, reconociendo la verdad de que también él ha sido creado, la verdad de la dignidad que le pertenece en cuanto imagen de Dios, y al mismo tiempo la verdad de su límite en cuanto criatura?

Desgraciadamente conocemos el resultado de la prueba: el hombre fracasó. Nos lo dice la Revelación. Pero esta triste noticia nos la da en el contexto de la verdad de la redención, permitiéndonos así que miremos confiadamente a nuestro Creador y Señor misericordioso.

Deseo saludar a los peregrinos y visitantes de lengua española, venidos de España y de América Latina. De modo especial a las Religiosas Josefinas de la Santísima Trinidad, que celebran el primer centenario de su fundación; que vuestra labor docente vaya acompañada de un auténtico testimonio de amor y entrega a Cristo y a los hermanos.

Saludo igualmente a los oficiales, cadetes y tripulación del Buque Escuela "Libertad", de la Armada Argentina. Que vuestra singladura por los mares del mundo conformen vuestras vidas al servicio de la Patria y de cada uno de sus ciudadanos.

También quiero saludar al Coro de la Universidad para la Paz, de Costa Rica. Colaborad con vuestro canto, y sobre todo con vuestra vida, en la construcción de la paz, ese don tan precioso y deseado por todos.

A todos vosotros, peregrinos de lengua española, imparto de corazón la bendición apostólica.